

Valpoesía vuelve en tinta viva

Tras el silencio en papel, "Valpoesía" vuelve a desplegar sus páginas con aromas de tinta en su edición impresa. El cauce digital nunca se interrumpió, ambos medios, buscan levantar un puente al arte desde su cuna e historia. Valparaíso.



Por Juan Antonio Huesbe

Comprometida con la difusión de la poesía y las expresiones locales, esta publicación busca reavivar la creatividad y el pensamiento crítico en la comunidad. Su retorno en papel y su permanencia digital ofrecen plataformas de difusión a poetas, escritores, artistas visuales y musicales, reflejando la riqueza cultural de la región y reafirmando la vigencia del arte como herramienta de encuentro.

El regreso de Valpoesía impreso es un esfuerzo significativo tras años de ausencia en tinta y papel, recibido con entusiasmo por la comunidad cultural. En este contexto, resulta imposible no destacar a tantas figuras que han sumado sus colaboraciones con profundidad en temas universales como el amor, la memoria y la identidad. Temas que aún se sostienen más allá del tiempo en su plataforma digital www.valpoesía.cl. Durante esta trayectoria, que no ha sido ausencia total, se ha consolidado como referente indiscutible de la memoria local, con presencia tanto nacional como internacional.

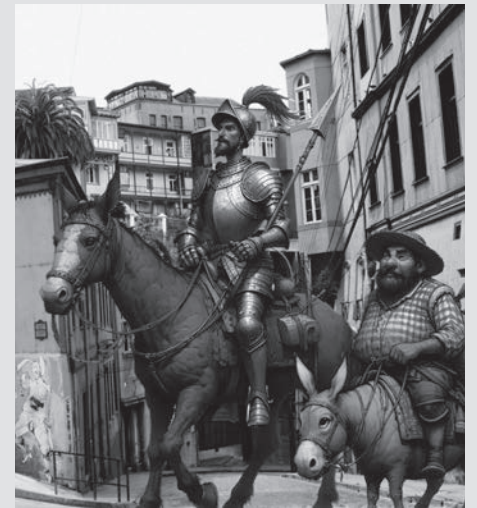
Valpoesía nació en Valparaíso: desde la ciudad, desde sus cerros y el mar, versos y magia surgen desde este enclave costero. Una atmósfera única de calles empedradas, ascensores

centenarios y aire bohemio ha cautivado generaciones. La voz poética tiene en este medio un camino para nuevas generaciones, mostrando su creatividad. El regreso de Valpoesía se inscribe en esa tradición, ofreciendo soporte tangible paralelamente al formato digital y devolviendo a la comunidad el ritual de la lectura en papel.

La palabra asoma nítida en pantallas electrónicas, y se acomoda a ese soporte. El papel, por su parte, tiene otro gesto de lectura tangible; allí, la poesía no solo se lee: se toca, se guarda, se comparte como huella. Este regreso no es un simple relanzamiento editorial, sino la recuperación de un espacio simbólico donde la ciudad puerto reconoce su voz y la proyecta hacia nuevas generaciones.

El pergamino, material hecho a partir de la piel de cordero o de otros animales, puso en duda la fragilidad del papel; el papel impreso no cuestiona el píxel, sino que se convierte en territorio de encuentro entre tradición y futuro. La poesía sigue siendo territorio común, capaz de resonar en la vida pública y de inscribirse en la memoria cultural de Valparaíso. Que no solo regresa, sino que renace como rito, como testimonio y como invitación a leer la ciudad en su propia lengua poética. Vp

Don Quijote visita Valparaíso



Don Quijote y Sancho, tras mil peripecias, decidieron visitar el puerto de Valparaíso, ciudad de colores y secretos. En lenta cabalgadura, se empinaron por sus calles, entre escaleras al infinito, maravillados por casas pintadas por el pincel de un dios distraído. Sancho, con risa contagiosa, se maravilló con la arquitectura improvisada y colgante.

Don Quijote, entre sensatez y algo de locura, exclamó: "¡Valparaíso, aquí, la poesía se escribe entre cerros y los versos se pintan en las escaleras! Sancho, con picardía, añadió: Empanadas y completos, mi señor, han saciado la panza. Un vinillo de fama llenará mi alforja para alegrar la jornada".

Emprendieron regreso a España, y un poeta, esos de buen calibre, con un "pipeño, tres tiritones", alzó su copa y les despidió: Adiós, soñadores. En Valpo, la realidad y la locura bailan juntas entre luz y sombra". Vp

CONVOCAMOS: A las voces que latén en la ciudad y más allá.

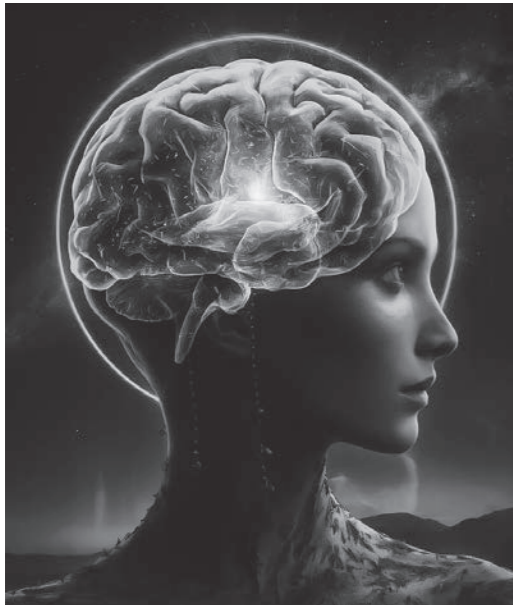
Que su palabra, su gesto y su creación encuentren eco en estas páginas con memoria.

Invitamos las y los artistas, fundaciones y colectivos culturales a revitalizar la memoria compartida y a tejer nuevas formas de creación.

Valpoesía abre sus puertas como escenario: un diario-ideario donde dejar huellas, resonancias y trazos que se sumen al pulso de nuestra comunidad.

La poesía o el lenguaje del cocebro

La poesía como nervadura raíz y dendrita que puede reactivar los estancos del lenguaje, desde allí, transforma la cultura en entendimiento, porque somos sumatoria de diversidades y no promedio cultural.



Por Cristián Belmar Gallardo

La poesía invita a la ciencia a besar su origen, roza la filosofía sin ser ella, pues su verdad cabe en el poeta que la canta o la llora en algún espejo de ojos, en el que rebota y queda dando botes. La poesía ama el arte sin candados ni precio, a pesar que su valor es inconmensurable; distingue con claridad absoluta, que economía y ecología nacen de la misma madre, la casa, el hogar, el planeta, la vida.

La poesía vuelve a su casa el Cocebro entre corazón y cerebro. Vuelve a salar sobre la herida y a acunar los dolores personales y sociales, a colarse en las ecuaciones, en las calculadoras, en las esquelas digitales. Siempre está, pero se devela y descubrirla no es trámite, es una pasión sin límite ni regla. La poesía empuja al lenguaje, por lo tanto, transforma culturalmente.

La poesía hoy gime en las escuelas, atrapada curricularmente con corona de texto lírico; es un perro amarrado en el living; mea la alfombra; su rabia muerde la cuerda, la corta. La poesía agita el follaje de los libros; la poesía que viaja en la respiración es el único ultraje que cesa; sus cenizas son las brasas que en la memoria palpitan en palabras y gestos; en la belleza de un detalle; en la simpleza de la complejidad; en un garabato al viento; entre un bosque de oquedades.

Cada verso es un poeta y un poeta son mil versos, la poesía barre el encadenamiento numérico de los eslabones, se desgaja de un pincel y su jugo de color se imprime en el celaje. Los números son esquejes de los versos; imaginar un cero y hacer de ello irrefutable, es tan real como la delicada huella que dejó en mis labios sus labios: ¿Acaso no nos multiplicamos al amar? ¿Y nos restamos al sufrir?

La matemática del amor y la ciencia del verbo, son el alma cultural que todo lo nutre. La poesía volverá a los carteles publicitarios; se enjugará en la servilleta que limpia tu boca; vuelve a la calle, a acompañar con raíz firme la pobre visión de economistas ciegos que lloran pérdidas gananciales y cuando enferman, vuelven a reentender el camino de la sangre.

La poesía vuelve a empollar su grito, sale de la hoja; escapa del píxel; se “entrecuela” en las rendijas insolentes de un producto y lo vuelve nata. Nuevamente, los satisfactores se vuelven necesidades.

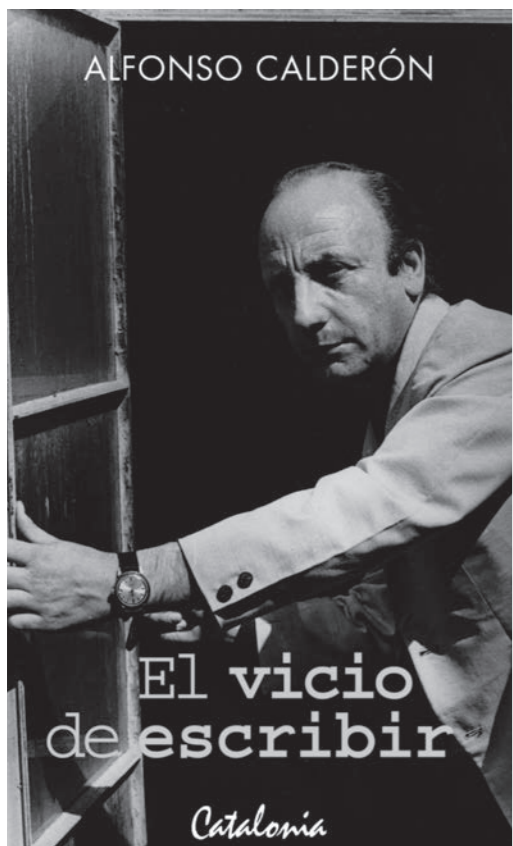
La poesía es y se hace calle, volverá a imprimirse en todas las etiquetas; brillará en los alimentos; brillará en los edificios; brillará en las pantallas.

La poesía viene a enfermarnos de humanidad

La poesía viene ancha y yo la empujo
Su energía me nutre...
Ola y poderoso golpe
Pequeño batir
Su maraña transforma...
Redefine... reentendiendo
¡Resucita!.....

En torno al Vicio de escribir

Lila Díaz Calderón. Discurso Inaugural Premio Municipal de Santiago, 2010: El vicio de escribir.



Por: Lila Díaz Calderón

Qué felicidad el encontrarnos para premiar el trabajo de los artistas. Hoy hablo en representación de mi abuelo Alfonso Calderón, quien hubiera estado muy contento de celebrar este Premio Municipal. Su fallecimiento en agosto del año pasado, hace de este reconocimiento una distinción póstuma para su libro “El vicio de escribir”, del cual fui editora, donde se manifiesta el resultado de sus lecturas y de una cuidadosa observación de la sociedad y, del rol del artista y la función del escritor. En uno de sus capítulos indaga en las vidas de grandes artistas intentando identificar qué fuerza los llevaba a la creación, y si habían elegido seguir ese camino o habían resistido, para constatar que rebelarse no estaba entre las alternativas posibles. Entonces, se preguntaba si “el ejercicio del arte nos concede un deseo de alabar constantemente a quien nos ha puesto a vivir en permanente relación con el cuadro, el poema, la novela, el mármol, la piedra, el hierro, la música o la reflexión acerca del hombre y su puesto en el cosmos”; y destacaba las sutilezas ejercidas por ellos en la búsqueda de sus materiales para la creación, exponiendo sus hipersensibilidades y cómo se debatían con los dolores del diario vivir para llevar a cabo una obra, urgidos por el encuentro de la belleza o la persecución de sus acreedores.

Calderón mencionaba que “al gran Flaubert se le iba el alma en procura del adjetivo preciso, de la frase bien construida, de la afirmación de sus héroes en la búsqueda de sí mismos”. No escapó Balzac de las indagaciones biográficas de mi abuelo, quien escribió que “Siempre estaba en deuda con alguien. A veces, con el sastre, con el hombre de los bastones, con el fabricante de chalecos o el editor. Se condenaba a sí mismo, a diario, a galeras, y dormía un par de horas, se atizaba café tras café, en la casa de Passy (París), para dar término a una novela y pagar cuando la pluma aún estaba fresca”. Entre los artistas escogidos se refirió también a Van Gogh, diciendo que “Habría dado su alma por tener algunos miles de francos y no obligarse a veces a pintar sobre otra tela, pues carecía de materiales”. Modigliani, por su parte, no bien terminaba un cuadro debía cambiarlo por pan, una jarra de vino y una tela para su próxima pintura. Por otro lado, James Joyce escribió su “Ulises” luchando contra la ceguera, y Thomas Mann retomaba sus borradores, aquejado por dolencias y malestares que se incrementaban según el curso de los acontecimientos en la novela. Kafka sufría lo suyo dudando de cuanto escribía, luchando contra el poderoso fantasma de su padre y el permanente drama sentimental, entre otros problemas de igual calibre. La mayoría había creado desde el sufrimiento, la carencia y la falta

de comprensión y reconocimiento social a la dignidad del creador. La falta de dinero era una constante y muchos de ellos murieron sin llegar a saber que era cuestión de tiempo, y que algún día sus obras serían la pieza de oro de las subastas. No escapa a las páginas de este libro el gran Cervantes, que escribió el “Quijote” pasados los cincuenta, “fue cobrador de impuestos en La Mancha, y por ello atacado, apedreado, injuriado, escupido por quienes estimaban su trabajo como vileza. Escribió al rey para que se le hiciera merced por haber peleado en contra de los turcos en Lepanto. Se conformaba con algún trabajo en la América nuestra. La respuesta del monarca fue: que se le haga merced en otra parte”.

Afortunadamente otros lograron vivir del trabajo creativo, tal es el caso de Faulkner quien “era granjero y sólo el Premio Nobel lo salvó de las pellejerías. Con ese dinero levantó hipotecas, recuperó enseres y animales, amplió su granja y pudo seguir escribiendo, poniendo en claro frente a los profesores y a los alumnos que lo buscaban en las universidades que él era, sobre todo, un campesino, y que las teorías las ignoraba y lo tenían sin cuidado”. Y otros establecieron su reinado en la Biblioteca personal, como Montaigne, quien, en 1570, a los 38 años, “se retiró a su torre dispuesto a vivir solo con sus libros. Y dio la razón: Mi biblioteca es mi reino, y aquí procuro gobernar como señor absoluto”. En el caso de los surrealistas, de Nietzsche, de Hölderlin, Blake, Dalí, Bataille o Antonin Artaud, encontramos en las páginas de sus obras “rayos y truenos que invitan a explorar el cielo de la mente, antes de que aclare. Por eso, cuando alguien como Julio Verne anticipa el mundo tecnológico moderno, podemos ver que en el artista hay una suerte de “ojo pineal” que le permite ir en las filas de avanzada. Freud, Jung, Levi-Strauss, Einstein deben más de algo a los escritores, esos buenos para nada que las sociedades glorifican cuando les conviene”.

Recibo este premio a nombre de mi abuelo, y puedo imaginar lo feliz que estará. Me encontrará razón ahora cuando le dije que no se preocupara, que no había un solo texto que no estuviera vigente o careciera de interés. Y le aseguro que este libro iba a quedar maravilloso y reflejaría su estilo de hacedor de mosaicos, lleno de vida y de voces.

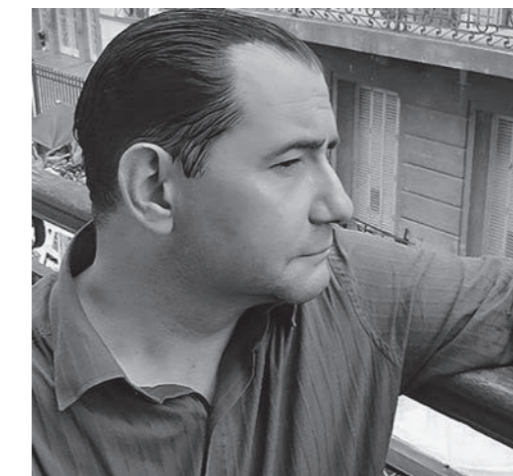
Para terminar, tomo esta cita de su libro: “Y, sin embargo, la escritura es la mayor felicidad en el afán de estar vivos y atentos a los rumores del mundo”.

Mesa editorial:

Director: Juan Antonio Huesbe
Diseño: Henry Chicago-Mancilla
Mesa editorial.
Colaboradores:
Cristián Belmar, Andrés Morales,
Tito González, Lila Calderón, Galería Modigliani, Stefany Contardo
Valpoesía es una publicación circula bajo el sello de Editorial After Poetry
www.afterpoetry.cl

Breve visión de la poesía chilena actual

Una mirada personal a la poesía chilena actual, donde conviven generaciones superpuestas, la tradición se renueva y el género persiste desplazado pero en constante movimiento.



Por Andrés Morales

Intentar una mirada imparcial en torno a la actual poesía chilena es, desde mi perspectiva, un trabajo casi imposible, soberbio y hasta ingenuo. La continua renovación del género me impide poseer la distancia y la objetividad necesarias para un análisis definitivo; por ello, lo que aquí ofrezco no pretende instaurar un canon ni agotar el tema, sino que se trata de una lectura estrictamente personal, basada en la representatividad de los autores y en el placer íntimo que me produce el hallazgo de sus voces.

Es frecuente oír sobre la poesía de mi país, especialmente por la estatura de figuras como Nicanor Parra o Gonzalo Rojas, quienes han refrescado la imagen de una tradición marcada por Neruda, Mistral, Huidobro o De Rokha. Sin embargo, siento que para gran parte de los lectores extranjeros la poesía chilena parece haberse detenido en ese momento histórico. Aunque celebramos la mítica generación de 1938 y rescatamos a autores como Anguita o los surrealistas de Mandrágora, urge una antología que ilumine los últimos cuarenta años para ofrecer un panorama real de nuestra lírica actual.

Frente a este desconocimiento, me resulta alentador situar algunas obras de poetas que continúan esta tradición hoy pluridireccional y heterogénea. Observo con interés la coexistencia de múltiples “promociones” que se superponen: desde la generación de los años cincuenta y sesenta —con nombres insoslayables como Armando Uribe o Stella

Díaz Varín— hasta oleadas más recientes que desafían cualquier categorización rígida. Hemos transitado desde un discurso político y comprometido hacia una escritura que aborda las problemáticas de la democracia y el mundo globalizado. No obstante, me inquieta ver cómo la poesía ha sido desplazada en la prensa y la academia por el pequeño “boom” de la narrativa joven, más ligado a estrategias de mercado que a una valoración justa del fenómeno poético.

En este complejo escenario, distingo líneas fundamentales. La generación de los ochenta significó una radicalización del discurso social, pero también abrió, gracias a la neovanguardia de Raúl Zurita o Juan Luis Martínez —a quien recordamos especialmente hoy—, un universo extraordinario. De esa brecha emergió una diversidad discursiva sin precedentes: el feminismo de las Calderón o Zondek, lo neocoloquial, lo metapoético y la importancia fundamental de la poesía indígena de Elicura Chihuailaf. Esto permitió que la promoción de los noventa articulara una poesía desprejuiciada y sin ataduras ideológicas, buscando sus referentes en otras lenguas y asumiendo una sana desconfianza hacia los cánones tradicionales.

Hoy, mientras esos autores se consolidan, veo surgir con asombrosa velocidad a nuevos jóvenes desde las universidades y las regiones —Concepción, Valparaíso o Valdivia— que mantienen viva la llama del taller literario y la revista de escasa circulación. A pesar del aislamiento entre las literaturas de lengua castellana y del carácter de “desplazado” que sufre el género, la poesía chilena persiste en constante movimiento. No busco categorizar, sino dejar constancia de esta vitalidad que sigue persiguiendo nuevos derroteros donde este difícil arte pueda dar mucho más de sí.

Andrés Morales Milohnic (Santiago de Chile, 1962) es un poeta, ensayista y escritor chileno.

Extracto del texto publicado en “La Estafeta del Viento”, Revista de Poesía de la Casa de América. Número 6 (Otoño - Invierno) de 2004. Madrid, España, 2004. Enlace completo en: www.valpoesia.cl.

Cuando la poesía se levanta del libro: el teatro según Lorca

“El teatro es la poesía que se levanta del libro y se hace humana. Y al hacerse humana, habla y grita, llora y se desespera. El teatro necesita que los personajes que aparezcan en la escena lleven un traje de poesía y al mismo tiempo que se les vean los huesos, la sangre”.

“El teatro es una escuela de llanto y de risa y una tribuna libre donde los hombres pueden poner en evidencia morales viejas o equívocas y explicar con ejemplos vivos normas eternas del corazón y del sentimiento del hombre”.

Apogeo del Apio



Del centro puro que los ruidos nunca atravesaron, de la intacta cera, salen claros relámpagos lineales, palomas con destino de volutas, hacia tardías calles con olor a sombra y a pescado. Son las venas del apio! son la espuma, la risa, los sombreros del apio! son los signos del apio, su sabor de luciérnaga, sus mapas de color inundado,

y cae su cabeza de ángel verde, y sus delgados rizos se acongojan, y entran los pies del apio en los mercados de la mañana herida, entre sollozos, y se cierran las puertas a su paso. Y los dulces caballos se arrodillan. Sus pies cortados van, sus ojos verdes van derramados, para siempre hundidos en ellos los secretos y las gotas: los túneles del mar de donde emergen, las escaleras que el apio aconseja, las desdichadas sombras sumergidas, las determinaciones en el centro del aire, los besos en el fondo de las piedras. A medianoche, con manos mojadas, alguien golpea mi puerta en la niebla, y oigo la voz del apio, voz profunda, áspera voz de viento encarcelado, se queja herido de aguas y raíces, hunde en mi cama sus amargos rayos, y sus desordenadas tijeras me pegan en el pecho buscándome la boca del corazón ahogado. Qué quieres, huésped de corsé quebradizo, en mis habitaciones funerales? qué ámbito destrozado te rodea? fibras de oscuridad y luz llorando, ribetes ciegos, energías crespas, río de vida y hebras esenciales, verdes ramas de sol acariciado, aquí estoy, en la noche, escuchando secretos, desvelos, soledades, y entráis, en medio de la niebla hundida, hasta crecer en mí, hasta comunicarme la luz oscura y la rosa de la tierra.

Pablo Neruda

Letargo y ausencia

Eres la dulce Fanny de sonrosadas mejillas y labios carmesí, de cabello revuelto, dorado por el sol; de sonrisa matutina y boca de alhelí que vibra y cautiva con melifluido corazón.

Eres el edulcorado trino que invade el ventanal con frágil canto de gorrión en esta silente tarde de invierno. Eres la brisa fugaz que inunda con encanto cada rincón del remanso matinal.

Eres el alado sueño de cimbreante figura y recóndita esbeltez tras sentidos adioses al final del andén, mientras surcan al vuelo con singular nitidez: fugaces colibríes que anidan muy dentro de ti.

Eso y todo eres para mí...

ALAIN ZEGARRA SUN, (Chiclayo, Perú, 1966). Abogado, político, funcionario de gobierno y docente universitario. Obtuvo el primer premio (categoría juvenil) en el II Certamen Poético Nacional “Fernando Rielo” (1986). Asimismo, se ha hecho acreedor al primer premio (categoría Poesía) en los “Juegos Florales Villarrealinos 1998”. Mención honrosa en el concurso “Am Israel Jai”, organizado por la B’nai B’rith del Perú. Es autor del poemario: Ventana sin marco (Mammalia, Comunicación & Cultura, 2016).

Sirena errante a estribor

Surcas mares de sentidos versos y sonoras olas en tu pecho nacen, frágil Fanny de vibrantes besos que fugaz te ap artas a lejano puerto.

Eres la compacta ancla que me aferra fuerte como estrecha barca que naufraga cerca en radiante playa que cautiva en muelle de onduladas nubes y candente arena.

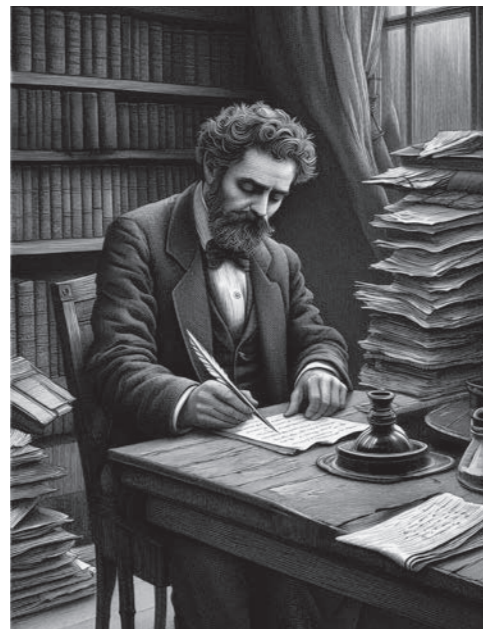
Soy el tripulante de tu ansiado cuerpo, el furtivo Argonauta en tu sinuoso vientre, un Simbad alborotado tras agitado viento entre serena brisa que me impulsa lejos.

¡Ah, sirena errante de fragante aliento!



Literatura, medio para curar el alma

Los filósofos y escritores que consideraban a la literatura como un medio para “curar” el alma.



Por Stefany Contardo

Existen obras literarias que proporcionan una visión profunda de la compleja realidad humana, independientemente de las épocas o culturas en las que se han escrito.

Como lo son: “La divina comedia” de Dante Alighieri, “Don Quijote de la Mancha” de Cervantes, las obras de Shakespeare y Sófocles, la “Ilíada” y la “Odisea” de Homero, etc. En estos libros, y en centenares de otras

obras, se exploran las profundidades del corazón humano, que no ha cambiado en lo esencial a lo largo de la historia. En ellos se atesoran sabiduría y experiencia humanas, con una carga de verdad y de misterio.

Es por este motivo que estas obras literarias poseen una capacidad sanadora de quienes las leen.

La poesía como terapia

Cumple la función de catarsis en la que se buscaba purificar al espectador de sus propias bajas pasiones. Ver estas emociones proyectadas en los personajes de cada obra contribuye a aliviar tensiones y poner en su sitio los sentimientos más fundamentales. Anteriormente, Aristóteles enseñaba que el espectáculo de la tragedia es capaz de producir esa catarsis en el alma del espectador.

Igualmente, los pitagóricos consideraban que la música elevaba y purificaba el alma del espectador. Cabe recordar que lo que llamamos poético no es exclusivo del género literario conocido como poesía.

La intuición poética se encuentra en novelas, ensayos, en obras filosóficas o de historia. El poeta, como así lo han entendido muchos creadores, es un gran terapeuta, porque todos estamos heridos y es él quien acierta a señalar dónde está la herida, algo indispensable para poner remedio. Y a diferencia de los medicamentos, la poesía no tiene fecha de caducidad.

El libro, fusión de artes y oficios

“Objeto de memoria y arte, el libro ha sido puente entre culturas, oficios y tecnologías, desde Gutenberg hasta la era digital.”



El libro se define como una obra impresa, manuscrita o pintada sobre láminas de papel, pergamino, vitela u otro material, encuadernadas por un costado y protegidas con tapas o cubiertas. La portada frontal entrega la idea general del tema, mientras que la contraportada suele contener información sobre la materia tratada o la autoría. Según la UNESCO, para ser considerado libro debe tener al menos 25 hojas (49 páginas); de lo contrario, se clasifica como folleto. Las publicaciones breves, como las plaquettes de poesía o cuentos —generalmente unidas con corchetes—, no superan las 30 páginas. Para que un libro tenga un lomo legible y proporcionado, se requieren alrededor de 80 páginas con papeles interiores de al menos 80 gramos. La industria editorial cuida el diseño de portada, contraportada y lomo —la zona de unión del empaste— para hacer el ejemplar identificable, atractivo y coherente con su contenido. También se consideran “libro” las obras voluminosas publicadas en varios tomos o volúmenes independientes.

El libro ha sido un hito clave en el desarrollo cultural y la memoria colectiva. En sociedades ágrafas, la transmisión oral funcionaba como un “libro mnémico”. Sin embargo, la ausencia de un registro escrito hacía que las historias pudieran perderse o alterarse con los cambios de generación, las diferencias de idioma o las influencias de otras historias. La escritura, considerada por algunas culturas —como la egipcia— un don divino con poder mágico (positivo o negativo), permitió preservar testimonios. La lectura desencadena la liberación de ideas al transformar grafemas en sonidos, ya sea en voz alta o en silencio. A diferencia de inscripciones fijadas en cavernas, monumentos o estelas, el libro es transportable, lo que facilita su difusión.

El libro es resultado de una larga relación entre lo artesanal y lo artístico, confluyendo disciplinas como la escritura, la ilustración, la encuadernación y la impresión. Ha sido un vehículo que refleja e influye en la sociedad, construyendo y deconstruyendo civilizaciones. Como reza un proverbio hindú: “Un libro abierto es un cerebro que habla; cerrado, un amigo que espera; olvidado, un alma que perdona; destruido, un corazón que llora”.

La escritura encapsula el sonido en símbolos convenidos. Diversas culturas han perpetuado su memoria mediante incontables sistemas de comunicación, aunque en Occidente la imagen mental del libro es la de un paralelepípedo rectangular o cuadrado. Han participado en su creación escribas, amanuenses, impresores, tipógrafos, cajistas, artesanos, artistas, escritores, poetas, ingenieros, programadores y diseñadores, todos merecedores de aplauso.

La Biblia de Gutenberg (siglo XV, Maguncia) fue el primer libro impreso a gran escala en Occidente mediante prensa de tipos móviles, aunque las imágenes aún se rubricaban a mano por iluminadores. Según Guinness World Records (2021), la Biblia es el libro más reproducido en la historia. La Asociación Internacional de Editores (IPA) señala que, entre más de 150 millones de títulos, la Biblia es el escrito más vendido y famoso del planeta. Hacia 1815 se contabilizaban 1300 millones de ejemplares impresos, y en el siglo XXI se imprimen unos 80 millones anuales, sin contar descargas electrónicas. Considerada “el libro de los libros”, contiene contenido espiritual, histórico, mítico y profético.

El libro, como concepto contenedor de información, es hijo de su tiempo, se adapta a los cambios tecnológicos y su futuro depende de la sabiduría humana para ampliar fronteras. Ayer, hoy y mañana, simplemente evoluciona. ∇p

El mar bajo los párpados

La poeta y gestora cultural Margarita Bustos Castillo presenta Existencial(es) y Desde la herida, dos textos que dialogan entre agua y silencio, memoria y desmoronamiento. Su palabra fluye como oleaje que recuerda y como herida que nombra, resonando en lo íntimo y en lo colectivo.



Existencial(es) II

Viaje de agua regresa por lo nuestro hasta llegar al mar, germina en medio del oleaje. Tal vez la pregunta dialogue más allá de la duda.

Aquí, intersticios el puente es la búsqueda del fuego dolor de la existencia y en la gracia del silencio manchar con letras aflicciones sobre el papel.

La caravana del consuelo, palabras escasean humanidad de atardeceres sordos.

El instante capturado perece, ya no espera la vibración de su otro se pudre se nutre del vacío océano padre. Dolor que somos ahora un mundo bajo los párpados

Poema del libro Existencial(es) Desmoronarse en el silencio

Albergándoles la corriente hundidas señales los sueños bajo la espuma en su maravillosa red de eternidad.

Muertos con epitafio secreto rehacen raudos sus madrugadas la superficie marina es cómplice flotando están sus falsedades, compran el horizonte y su delgada línea divisoria incrementan día tras día la sed sobre sus rostros.

Para ellos todo es agua o desierto en el mutismo a veces derrame en la acción surcando el pavimento ellos rehacen raudos sus madrugadas olvidamos que no hay olvido en lo que resta agua aúlla para ahuyentar las pisadas de los días grises y los fantasmas torciendo la palabra asombro para no olvidar que los días grises también portan heridas sobre el agua.

Llegará el instante que orillemos y mar moribundo anide dentro de nuestras bocas donde el cuerpo tras la frontera se hace nombre allí diluviaremos en ciclos que evaporarán la mentira.

Poema del libro Desde la herida

MARGARITA BUSTOS CASTILLO es poeta, docente, gestora cultural y antóloga. Diplomada en Escritura Creativa y Magíster en Género y Estudios Culturales, ha publicado en revistas hispanoamericanas como El Golem, Buenos Aires Poetry, La Primera Vértebra y Liberoamérica. Ha participado en encuentros literarios nacionales e internacionales, es miembro de la Academia Gloriense de Letras (Sergipe, Brasil) y su obra ha sido traducida al rumano y portugués. Entre sus libros destacan Maldigo el paraíso de tu abandono

LO QUE SOY DESPUÉS DE TODO

¿Qué soy, después de todo, más que un niño complacido con el sonido de mi propio nombre? Lo repito una y otra vez. Me aparto para oírlo y jamás me canso de escucharlo. También para ti tu nombre: ¿Pensaste que en tu nombre no había otra cosa que más de dos o tres inflexiones?

Walt Whitman

María Elena Blanco

Dos poemas inéditos



MARÍA ELENA BLANCO (La Habana, Cuba). Poeta, ensayista y traductora. **Poesía:** *Posesión por pérdida* (1990), *Alquímica memoria* (1998-2001), *Mitologuías. Homenaje a Matta* (2001), *danubiomediterráneo* (2005), *El amor incontable* (2008), *Sobresalto al vacío* (2015) y antologías bilingües en traducción al alemán (*Wilde Lohe*, 2007), francés (*En attendant Ulysse / Esperando a Ulises*, 2024) e inglés (*Havanity / Havanidad*, 2010) y *Penelope's Leap / El salto de Penélope*, 2025). **Ensayo:** *Asechos al texto literario* (1999), entre otros. **Traducción poética:** *Las flores del mal de Ch. Baudelaire* (2021, 2023), entre otras. **Distinciones:** Premio Dámaso Alonso de la Academia Hispanoamericana de Buenas Letras de Madrid (2025) por su trayectoria y otros premios de poesía.

PREGUNTAS ESENCIALES SOBRE EL CIELO

De niña me preocupaba que en el juicio final todos íbamos a aparecer desnudos después me intrigaron otras cosas como en qué lugar del cielo estará mi casa si podré volar a mi antojo para ver desde arriba mis ciudades perdidas cuántas estrellas me separarán de mi primer amor cuántas palabras de mi amor poeta cuántos agujeros negros de mi amor definitivo pero más acá, en la ciudad, en qué punto se alojará el detonante cuándo vendrá el estallido en que seré por fin partícula celeste radical libre

EL MAR ADENTRO

Musée des Beaux Arts
W. H. Auden

Cuando engorda y se retuerce sobre su fondo muestra y esconde sus penachos de espuma como pequeños pezones, late su gelatina floja a ritmo de danzón, su vientre ondulante, su espasmo. Avance y retroceso entre momentos de aparente inmovilidad (siempre engañosa), avalanchas de impulsos sucesivos, plenitud y vaciamiento, ritmo de paso, trote o galope según los caprichos de la luna. Campos de color punteados o rasgados como colas de armiño, pozas de algas blancas o mareas lila, sombras de celajes, parapentes o niños cayendo como Ícaros. La veo desde la ventana, toda esa transparencia del mar abierta a mi contemplación mientras que adentro, en el espacio doméstico, la compartida intimidad se oculta, los límites de lo privado pugnan por subsistir en medio de la claustrofobia pandémica o endémica.

Aquí pelagra el mar de cada uno, zozobran los pronombres. Queda atender a los guiños del horizonte, al oráculo de las olas, a ese museo eterno de historia natural.

¿QUÉ SE AMA CUANDO SE AMA?

¿Qué se ama cuando se ama, mi Dios: la luz terrible de la vida o la luz de la muerte? ¿Qué se busca, qué se halla, qué es eso: amor? ¿Quién es? ¿La mujer con su hondura, sus rosas, sus volcanes, o este sol colorado que es mi sangre furiosa cuando entro en ella hasta las últimas raíces?

¿O todo es un gran juego, Dios mío, y no hay mujer ni hay hombre sino un solo cuerpo: el tuyo, repartido en estrellas de hermosura, en partículas fugaces de eternidad visible?

Me muero en esto, oh Dios, en esta guerra de ir y venir entre ellas por las calles, de no poder amar trescientas a la vez, porque estoy condenado siempre a una, a esa una, a esa única que me diste en el viejo paraíso.

Gonzalo Rojas

A 110 años de su natalicio

El Centro Cultural Casa Gonzalo Rojas es un espacio dedicado a la protección y difusión de la Obra y figura del poeta. Chillán, Chile.

Vino y Poesía. La poesía como acupuntura cultural

Desde La Piedra Feliz hasta el Hotel Verso, el proyecto itinerante convierte espacios de bohemia y patrimonio en refugios para la lírica, consolidando un movimiento que ya es parte del patrimonio inmaterial del puerto.

Por Juan Antonio Huesbe

No es una editorial convencional. Tampoco un ciclo de lecturas al uso. After Poetry ha tejido en Valparaíso una red invisible pero resistente que conecta los rincones más emblemáticos del puerto, transformando espacios de bohemia y patrimonio en verdaderos refugios para la palabra viva.

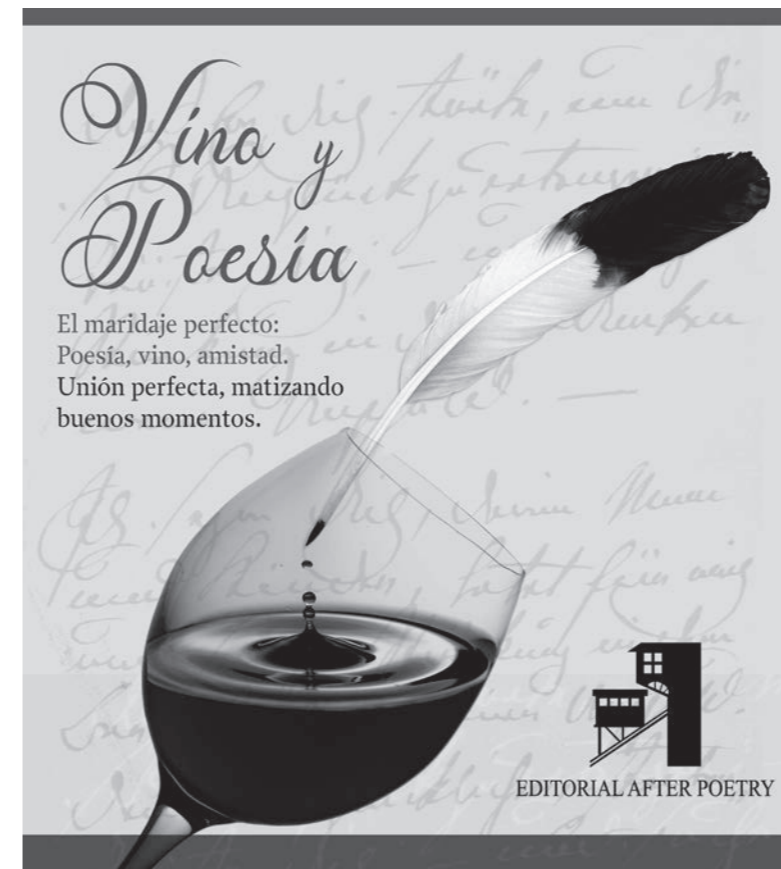
Su gestión cultural se despliega como un ejercicio de acupuntura cultural: identifica el pulso de cada lugar —desde la mítica terraza del Hotel Brighton hasta la atmósfera íntima del Hotel Verso, pasando por el mítico Bar La Playa—. Le inyecta una curaduría que respeta su historia pero la renueva con voces contemporáneas.

Las recientes veladas en el Hotel Verso, en Cerro Florida, no fueron un hecho aislado, sino la culminación de un proceso de resistencia y amor por el arte que ha definido la identidad del proyecto durante años. En cada sesión, la logística impecable permite que autor y público se encuentren en una atmósfera de hospitalidad profesional, donde el jazz, el vino y la bohemia se abrazan con sentido.

Pero After Poetry no solo publica libros: construye experiencias sensoriales. Ha sido responsable de antologías que hoy son testimonio vivo de la escritura actual. Ha liderado encuentros que desafían la precariedad para ofrecer espectáculos de alta calidad estética. Su espíritu de autogestión y excelencia ha logrado que la poesía ocupe, por derecho propio, tanto los salones más prestigiosos como los rincones más auténticos de la vida cultural porteña.

Materiales audiovisuales registran ya este ciclo de encuentros poéticos, funcionando como memoria viva de una itinerancia que se teje en red compartida. Al mirar hacia atrás, se reconoce un camino trazado por la edición de obras significativas y la apertura de espacios donde el autor y el lector rompen por fin la distancia.

After Poetry reafirma así su lugar como un pilar de la gestión cultural independiente en Valparaíso. Lo vivido este viernes es un capítulo más en la historia de un proyecto que sigue creyendo que la poesía, lejos de ser marginal, es el pulso que mantiene despierto al puerto. Porque cuando la palabra se sirve con pasión, el brindis se vuelve eterno. Vp



Néctar de dioses tinta de Poetas De Horacio a Li Bai: el vino como puente entre culturas y versos Vp



Desde viñas soleadas mediterráneas hasta campos de arroz iluminados por la luna asiática, el vino ha sido mucho más que una bebida. Ha sido compañero, musa y catalizador de la poesía.

Occidente: el vino como celebración

En la Roma clásica, el vino se vinculó con la fiesta y la filosofía. Horacio lo convirtió en símbolo del carpe diem: *Nunc est bibendum*. Ovidio lo hizo cómplice del amor y la seducción. Catulo, ingrediente indispensable de la

camaradería. Virgilio, en sus Geórgicas, dedicó versos a la vid. El vino no era mero exceso: era un medio para abrir corazones, aliviar preocupaciones y fortalecer lazos.

Oriente: el vino como trascendencia

La poesía china elevó el vino a un plano espiritual. Li Bai, el “Inmortal Desterrado” de la dinastía Tang, lo convirtió en símbolo de comunión con la naturaleza. En Solo bebiendo bajo la luna, el vino le permite dialogar con la luna y su propia sombra. Transforma la soledad en compañía poética.

Su amigo Du Fu lo retrató como un genio capaz de escribir cien poemas con un solo cazo de vino. Tao Yuanming lo usó como bálsamo introspectivo, para contemplar la vida retirada. Wang Wei lo empleó en escenas de despedida y consuelo.

Puente entre mundos

Tanto en la euforia de un banquete romano como en la serenidad de un jardín chino, el vino

aparece como constante universal. En Occidente, asociado al goce y la conversación. En Oriente, a la contemplación y la trascendencia. En ambos casos, es metáfora de lo humano: placer, amistad, tristeza, celebración.

Lo que comparten

Vino y poesía transforman lo cotidiano en experiencia estética. Una copa puede ser un brindis, pero también un verso. Un poema puede ser confesión, pero también compañía.

Hoy

Esta tradición se renueva en los encuentros Vino & Poesía de After Poetry. Allí, el vino no solo acompaña la lectura: se vuelve parte del acto poético. La inspiración surge tanto de la tierra como de la palabra.

El vino ha sido y sigue siendo puente entre culturas, generaciones y sensibilidades. Es el hilo invisible que une a Horacio con Li Bai, a Catulo con Tao Yuanming y a los poetas actuales que, entre brindis y versos, siguen celebrando la vida.

Vp

Duke Ellington en Valparaíso: jazz y poesía en resistencia

En las noches poéticas del puerto, el eco de Duke Ellington y los viejos clásicos del jazz desembarcan de un navío imaginario: melodías que se funden con los versos, improvisaciones que convierten la ciudad en escenario de un rito donde la música y la palabra se reconocen en su eterno retorno.



Por Juan Antonio Huesbe

Valparaíso, con sus cerros encendidos de faroles y su puerto que nunca duerme, ha sido escenario de un desembarco imaginario: el de Duke Ellington y los clásicos del jazz que, como antiguos marineros, se suman a las reuniones poéticas de la ciudad. No llegan en barcos de vapor ni en trenes de época, sino en la memoria sonora que atraviesa generaciones y se instala en los bares, en los teatros, en las plazas donde la palabra busca su ritmo.

La crónica de estas noches revela un aire anacrónico: los poetas leen sus versos mientras el piano de Ellington parece acompañarlos desde un tiempo suspendido. La trompeta de Louis Armstrong, el saxo de Coltrane, la batería de Max Roach se confunden con metáforas que hablan de amor, de resistencia, de la fragilidad humana. Es como si la historia del jazz desembarcara en Valparaíso para dialogar con la poesía, recordándonos que ambos lenguajes nacen de la improvisación y del deseo de transformar el silencio en belleza.

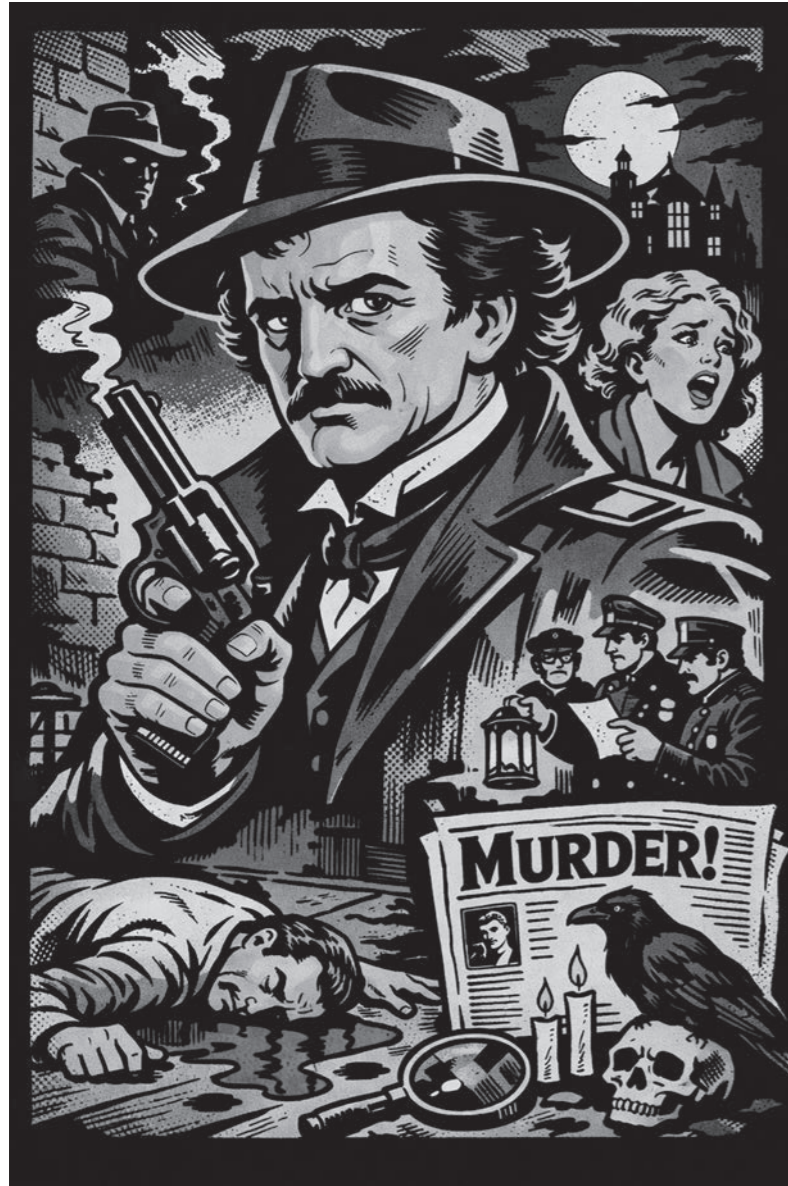
El público escucha atento, consciente de que lo que ocurre no es un concierto ni un recital convencional, sino un rito compartido. La poesía se arriesga como un solo de trompeta; el jazz se quiebra como un verso inesperado. En ese instante, la ciudad se convierte en escenario de un encuentro imposible: los clásicos del jazz, con su elegancia y su fuego, se hermanan con las voces poéticas que buscan mantener viva la diosa de la palabra.

Jazz y poesía, unidos en Valparaíso, evocan un tiempo que no se agota. Son memoria y presente, improvisación y rito, música y palabra que desembarcan juntos para recordarnos que la vida, como el arte, es siempre un acto de improvisación infinita.

Aunque suene a noticia anacrónica, es profundamente real: el eco de Duke Ellington y los clásicos del jazz revive en cada noche poética del puerto, desde las históricas mesas de La Piedra Feliz hasta la terraza del Hotel Brighton y el mítico Bar La Playa. La reciente velada en el Hotel Verso no fue un hecho aislado, sino la culminación de un proceso de resistencia y amor por el arte que ha definido la identidad de After Poetry. En cada encuentro, la música y la palabra se abrazan, consolidando un movimiento que ya es parte esencial del patrimonio inmaterial de Valparaíso. Porque cuando el jazz desembarca en la poesía, la eternidad se vuelve audible. Vp

El crimen de la tinta: Poe, la autopsia de una mentira

No fue una maldición, quizás, sino un rencor inmortal. Rufus Wilmot Griswold inyectó veneno de tinta en la memoria de su víctima: Poe. Pero décadas más tarde, la poesía le hizo la autopsia a la mentira, descubrió el timo y devolvió el honor al hombre que solo quiso contar cuentos tristes.



Por Departamento de Poesía

No hubo maldición. Solo un enemigo con tinta y rencor. Así abre esta elegía periodística sobre Edgar Allan Poe, desmontando la leyenda negra que Rufus Wilmot Griswold tejió después de su muerte, cuando el cuerpo del poeta aún no enfriaba sobre la mesa de Baltimore. Porque los muertos, recuerda la leyenda, no escriben su propio epitafio: lo escriben los enemigos. Y Griswold tenía la coartada, la pluma, el rencor y el tiempo.

La vida del poeta es luna llena en oscuro viaje nocturno, antañas lecturas a la luz de una vela que se consume:

El niño huérfano nacido en Boston bajo una mala estrella —no una estrella muerta, sino una viva que lo miró fijo y le susurró su destino—, acogido por los Allan en Richmond, pero nunca adoptado del todo. Un caballero del sur sin linaje, un hijo sin herencia, un huésped perpetuo en una casa que nunca fue suya.

El joven que cruzó el Atlántico hacia Londres, donde aprendió latín y francés en un internado de Chelsea, dos lenguas con las que tejía fantasías. Su padrastro soñaba con mostradores y facturas. Su madre adoptiva, en cambio, le regalaba la fe en los cuentos. Ella creyó en él cuando nadie más lo haría.

De regreso al sur de Estados Unidos, Edgar escuchó a las nodrizas negras. Ellas narraban lo real y lo fantástico como una misma latente respiración: zombis caminando entre la caña de azúcar, aparecidos

que volvían a sentarse a la mesa, magia negra tejida en el aire húmedo con miradas de misterio en la noche. De ellas aprendió que el terror no necesita castillo en ruinas ni cementerios con almas pululantes, sino la voz susurrante en el oído.

Poe fue soldado sin vocación, enrolado en el ejército cuando el dinero se le esfumó de un suspiro. Fue universitario sin título, humillado y deshonrado por las deudas de juego que su padrastro se negó a pagar. Fue redactor en el *Southern Baltimore Messenger*, donde publicó narraciones y poemas a escondidas. Y finalmente fue autor de Cuentos de lo grotesco y arabesco, dos volúmenes donde la muerte habita en casas que se derrumban —“La caída de la Casa Usher”— y en mujeres que regresan de la otra orilla —“Ligeia”—.

Sin proponérselo, en ese mismo fuego, fundó también la novela policíaca: el crimen como enigma, la verdad como pista, la muerte como un problema que alguien, alguna vez, resolverá. Un género nuevo nacido de una mente que siempre estuvo buscando llaves en la oscuridad.

El licor no fue su veneno —sugieren algunos expertos—, sino la intolerancia a un mundo sórdido que su cuerpo frágil no soportaba. No era alcoholismo, dicen hoy algunos susurros académicos: era una herida expuesta. El ambiente sórdido de los bares le era insoportable. Su verdadero veneno no residía en la bebida, sino en la fragilidad de un cuerpo abrumado por el mundo.

Murió en Baltimore un 7 de octubre de 1849. Tenía cuarenta años. Griswold escribió el epitafio falso y lo convirtió en leyenda negra. Pero la poesía concluye con esa vieja nodriza que nunca miente, sabe la verdad: Edgar Allan Poe no estaba maldito. Solo nació bajo una estrella a la que le gustaban los cuentos tristes, amparada por la luna llena.

Griswold envenenó la reputación de Poe durante más de medio siglo, convenciendo a generaciones de lectores de que el autor de “El cuervo” era un ser maldito y vicioso. Incluso Charles Baudelaire, su traductor y admirador, aceptó y embelleció esa leyenda negra.

No fue hasta finales del siglo XIX y principios del XX que biógrafos como John Henry Ingram y, más tarde, Arthur Hobson Quinn comenzaron a desmontar sistemáticamente las mentiras de Griswold.

Rufus Wilmot Griswold no mató a Edgar Allan Poe. Pero intentó matar su memoria. Y durante décadas, casi lo logra.

Hoy, sin embargo, la poesía ha restaurado la verdad.

PD: El Departamento de Poesía ha resuelto el crimen. *Vp*

El rito del artista muerto

Crónica para un diario poético

El día que el artista dejó de crear, los demás empezaron a deletrear su ausencia.

Los amigos llegaron al taller y no supieron dónde sentarse. Alguien tocó sus papeles y sus apuntes. Nadie rezó. Los *poètes* no saben rezar, son esquivos a esos trances.

La muerte del artista no fue un acto. Fue un rito sin liturgia.

Primero, la respiración se convirtió en poesía. Luego, la poesía exigía deshacer lo escrito. Sintió un vacío profundo. El silencio quedó en la pluma, en el lienzo, en el cincel. Ningún presente tuvo el valor de mover nada. Incluso el café frío y un cenicero, donde un cigarro se consumió hasta el filtro, como si fuera su obra, que no supo cómo concluir.

Los amigos rieron celebrando a su compañero; después lloraron al poeta asesinado por el olvido.

Alguien dijo: “Habría que escribir algo”. Pero ya todo estaba escrito. La muerte lo había escrito por ellos: la muerte en el artista asesinado no es una lección. Es el silencio que se mete en las habitaciones y no pide permiso para quedarse. El poeta, antes de irse, aprendió a escribir con el vacío. El pintor trazó pinceladas de la nada y el escultor cinceló ausencia.

PD: Caso no resuelto y siempre abierto.

Departamento de Poesía *Vp*

Carmina Burana: la ópera rock del siglo XIII

Antes del rock, antes del punk, ya existía la distorsión. Se llamaba goliardo.



Por Goliardo Rock

Si existiera una máquina del tiempo y lleváramos a un fanático de Pink Floyd o Led Zeppelin al siglo XIII, se sentiría extrañamente en casa escuchando el Carmina Burana. No por el latín macarrónico o el alemán antiguo. Por el espíritu: disoluto, insurrecto, nada que ver con el canto gregoriano solemne. Es ruido sagrado hecho poesía callejera. Es un concierto en una taberna antes de que existieran los conciertos.

Libreto de excesos

Una ópera rock se define por energía cruda, distorsión emocional y temática transgresora. El Carmina Burana cumple con cada nota del género. Sus autores, los goliardos, eran las auténticas “rockstars” de la Edad Media: intelectuales desertores, estudiantes sin blanca, clérigos con demasiada sed que vagaban por Europa viviendo de su ingenio, de su labia y de lo que caía en sus jarras.

No tenían manager. No tenían contrato discográfico. No tenían un público que los esperaba. Tenían la calle, la taberna y la noche. Y con eso les bastaba. Serían hoy bandas underground.

Sus poemas no profesan castidad. Cantan a la Taberna de los Jugadores, donde el abad y el barrendero son iguales ante una frugal parranda y donde los dados deciden quién paga la ronda. Cantan al asado de un cisne que lamenta su destino mientras se dora al fuego —el sonido de AC/DC y Highway to Hell, cantando a voz desgarrada, sin filtros, sin culpa, sin confesión al día siguiente, bastaría para darse la noche por pagada.

Un monje confiesa que ha roto todos sus votos menos uno: el de beber. Un estudiante maldice su pobreza y sueña con una vida de lujos que sabe que nunca tendrá. Hay decenas donde el amor es físico, directo, sin metáforas que lo disfracen. Es una poesía de la inmediatez, de la juventud incierta ante la caprichosa Rueda de la Fortuna que al día siguiente solo le prodigaría miseria. Por eso hoy se bebe. Por eso hoy se ama.

El muro de sonido de Carl Orff

Cuando Carl Orff tomó estos textos en 1936, no buscó la elegancia del violín ni la sutileza del arpa. Buscó la brutalidad de la percusión, el golpe seco oportuno. Ese inicio atronador de “O Fortuna” irrumpe con fuerza desde el primer eco de un acorde de guitarra eléctrica conectada a un amplificador al máximo, aunque solo haya timbales y cuerdas.

Orff entendió algo que el rock demostraría décadas después: estos poemas necesitaban un ritmo obsesivo, casi tribal. La estructura es cíclica, hipnótica, diseñada para inducir un trance colectivo. No hay desarrollo melódico complejo. No hay variaciones sofisticadas. Hay repetición, martilleo, fijeza. Es una “ópera rock en ciernes” porque desprecia la tradición operística en favor del impacto directo, del estribillo que martillea la cabeza y no se va.

Las voces no cantan: gritan, ríen, celebran, maldicen con una fuerza que anticipa la energía de un concierto de heavy metal en un estadio abarrotado. “O Fortuna” con el riff inicial al estilo Whole Lotta Love de Jimmy Page llamando a levantar el “cuerno del rock” con las manos alzadas. Antes del rock, antes del punk, antes del grunge, antes del metal, ya existía la distorsión. Carl Orff y su coro de borrachos iluminados.

Celulares analógicos de la rebeldía

Si pensamos en inmediatez, el Carmina Burana era la red social de los proscritos. Sus versos viajaban de plaza en plaza, de taberna en taberna, de boca en boca con la misma rapidez con la que un riff de guitarra se vuelve viral antes de que nadie sepa cómo se llama la banda. No había imprenta. No había Spotify. Había gargantas y memoria.

Eran crónicas instantáneas de la vida en los márgenes, escritas con la urgencia de quien no sabe si mañana seguirá vivo:

El ritmo como motor: rima constante, golpeada, percusiva. No es poesía para leer en silencio frente a una chimenea. Es poesía para ser coreada con una jarra de cerveza en la mano y calzados rústicos.

La temática universal: dinero, azar, vino y sexo. No hay nada más rock que eso, ni tampoco más humano. Los goliardos no cantaban a reyes ni a santos; su canto resonaba en las mesas que se les ofrecían, sin compromisos. Comían y bebían en tu mesa, y eso era todo.

Esa libertad era revelación en el escenario. Poemas gritados, nada de cursilerías, cercanos al rito pagano. No hay distancia entre el que canta y el que escucha. Todos están en la misma mesa. Todos están ebrios de algo: de vino, de juventud, de rabia, de ganas de vivir.

La Rueda de la Fortuna

Hay una imagen recurrente en el Carmina Burana que resume su visión del mundo: la Rueda de la Fortuna. Gira sin parar. Hoy estás arriba, mañana abajo. El rey se vuelve mendigo. El mendigo, rey. El rico pierde su dinero. El pobre, de la noche a la mañana, hereda una fortuna que no pidió.

Ante esa incertidumbre, los goliardos tienen una respuesta clara: no te aferres a nada. Disfruta ahora. Bebe ahora. Ama ahora. La rueda va a girar igual, así que mejor estar borracho cuando lo haga.

Esa filosofía es puro rock and roll. Es la misma que canta en los sesenta, la misma que late en el punk de los setenta, la misma que respira en el grunge de los noventa. Carpe diem, sí, pero no desde la pulcritud de Horacio. Desde la mugre de la taberna. Del escenario revuelto después del concierto.

Revelación en el escenario

El Carmina Burana revela la naturaleza humana sin filtros decorativos. No hay metáfora que esconda la intención. No hay eufemismo que disfrace el deseo. Es una poesía que no pide permiso, que se impone por su peso rítmico y su honestidad brutal. Suena a verdad aunque duela. Suena a fiesta aunque esté cantando la muerte. Jim Morrison era un goliardo de tomo y lomo.

Hoy, al escucharlo, no deberíamos imaginar catedrales góticas con vitrales y monjes en procesión. Deberíamos imaginar estadios llenos, guitarras rotas al final del concierto, el público cantando a capela el estribillo mientras se apagan las luces. Deberíamos imaginar una noche cualquiera en Valparaíso, en un bar de cerro, donde alguien levanta la jarra y suelta un verso que suena igual de crudo que hace ochocientos años.

Porque antes de que el rock inventara la rebeldía como producto, los goliardos —monjes a veces poco decorosos, clérigos de sotana manchada de vino, estudiantes que debían estar estudiando teología y estaban en la taberna— ya habían trazado el mapa de la libertad: una poesía que ruga, que suda, que celebra el aquí y el ahora frente al giro inevitable de la fortuna.

No esperan el cielo. El cielo, para ellos, era esa noche, esa jarra, ese cuerpo. Y lo escribieron para que no se olvidara.

Disco de platino de la literatura

Carmina Burana es un argumento rock que se inscribiría por derecho propio en el salón de la fama. No necesita traducción. No necesita contexto. Un adolescente con audífonos hoy, escuchando “O Fortuna” por primera vez, siente lo mismo que un estudiante borracho en el siglo XIII al escuchar esos mismos versos: vértigo, poder, ganas de romper algo.

Le concedemos el disco de platino de la literatura, grabado en pergamino, amplificado por el tiempo, y sonando aún en todas las tabernas donde alguien levanta la voz para decir que la vida, a pesar de todo —de la Rueda, de la muerte, de la indiferencia del mundo—, merece ser cantada.

O Fortuna velut luna statu variabilis, semper crescis aut decrescis; vita detestabilis nunc obdurat et tunc curat ludo mentis aciem egestatem, potestatem dissolvit ut glaciem. Vp

La episteme filosófica como razón poética

La poeta y filósofa enlaza la voz de Heráclito y Nietzsche con su propia razón poética, donde todo fluye y regresa: el amor, la herida, la mutación. En sus versos, el devenir arde y se transforma en experiencia encarnada, como filosofía y poesía viva.



Por **Tania Lemarie Silva**

Si bien, Heráclito de Éfeso, “el Oscuro” no era poeta en el sentido riguroso del término, como filósofo desarrolló su pensamiento en versos, usando aforismos, ritmos, palabras, un rol de oráculo-racional a través de la prosa poética. Y en este sentido, participo con y desde Heráclito, como mujer pagana y sagrada, la visión cosmogónica del origen del universo desde el fuego y la pulsión, así como, mujer filósofa, la idea de devenir de un tiempo que avanza ardiendo porque paradójicamente lo único permanente es el cambio: “Πάντα ῥεῖ”. Y me atrevo a especular, escribimos desde ese lugar... como un espacio y tiempo que se atraviesa, con experiencias que pueden ser similares pero que no se repiten y la mayoría de las veces, por este mismo motivo y otros más profundos y misteriosos, no se comprenden. Cito su **FRAGMENTO 67** con el propósito de mostrar su prosa: “Dios es día y noche, invierno y verano, guerra y paz, abundancia y hambre. Pero se transforma como el fuego que cae, cuando está mezclado con perfumes, recibe nombre según el perfume de cada uno”, y de su **FRAGMENTO 30**: “Este mundo, el mismo para todos, ningún dios ni hombre lo hizo. Sino que ha sido siempre y es y será un fuego siempre vivo, que se enciende según medidas y se apaga según medidas”.

Entonces, en virtud de que todo deviene en este destino y no nos bañamos dos veces en el mismo río. ¡Todo arde!, porque nuestra esencia, nuestra identidad no es fija y podemos amar, perder, desear, odiar, morir, crear, ya que somos fuego, y como tal, nos trasformamos en sus diferentes estados: estados del alma... En mis poemas, todo fluye también, como mutación, como herida, como umbral y como refugio

porque intento captar ese sublime instante que deja de ser lo que ya era siendo... En mi poesía, este devenir intenta ser experiencia encarnada: “Palpita la yema de mi extensión interna, trinando caramente como cuenta regresiva, al encuentro de una posibilidad, de una rotación vital...” en **APERTURANDO AMORES**.

Lo interesante, es considerar en esta reflexión, el logos que nos une y que permite como unicidad fusionar esos instantes a través del pensamiento, como un “logos místico”, que, a mi juicio, si es filosófico desde Heráclito porque “al alma pertenece el logos, que se acrecienta por sí mismo” (**FRAGMENTO 115**). Y parafraseándome para señalar que el logos no sólo ilustra ideas sino que las produce en acto, intentando resonar como expansión de mi ser, en **EL ALMA NO OLVIDA** escribo:

“En el hilo invisible que no se rompe, camino tus memorias como si fueran mías...”

Desde la filosofía y poesía de Nietzsche, quién nos habla del eterno retorno, vale decir, que además de que todo cambia, todo regresa. Vuelve el amor, el desamor, el dolor, la pérdida, la alegría, la sanación, en un ciclo, una y otra vez... como desafío ético, que nos obliga a ser mejores y como habitualmente declaro, nos impele a ser responsables de nuestra inteligencia. Nos preguntamos filosóficamente, ¿qué es la vida? sobrevivir... una pulsación... hay otro tipo de existencia...¿Qué es la verdad? o el conocimiento... o lo real... ¿podemos desde lo óptico y ontológico ir más allá del bien y del mal? Y desde esta perspectiva, me parece que la poesía nos ayuda grandiosa y profundamente, a expresar lo que no solamente sentimos sino también pensamos porque los conceptos estatifican-solidifican o reducen la dinámica de

lo vital..., porque el lenguaje vigente puede ser subsidiado por ideologías, elites y moralinas tradicionales que limitan la libertad. Luego, por medio de nuestros versos podemos criticar, elogiar, argumentar y expresarnos con propiedad. La poesía genuina, auténtica y consecuente crea realidad, ¡superando la dicotomía de lo subjetivo y objetivo!, superando egos que no trasuntan trascendencia heroica como sabio(a) griego(a) y atrevernos inclusive a nadear nadando.

De su texto **DIONISO-DITIRAMBOS** comparto el siguiente párrafo:

“Así me hundí yo mismo una vez, Fuera de mi locura de verdad, Fuera de mis anhelos diurnos, Cansado del día, enfermo de la luz — Hundido hacia abajo, hacia el atardecer, hacia la sombra.

Por una verdad Quemado y sediento — ¿Aún recuerdas, recuerdas, corazón ardiente,

Cómo tuviste sed entonces? — Que yo sea exiliado ¡De toda verdad! ¡Solo un necio! ¡Solo un poeta! ...

Y de **ASÍ HABLÓ ZARATUSTR**, el siguiente texto: “El hombre es una cuerda tendida entre el animal y el superhombre, - una cuerda sobre un abismo... Yo amo a aquel cuya alma es profunda incluso cuando se la hiere, y que puede perecer a causa de una pequeña vivencia: pasa así de buen grado por el puente. Yo amo a aquel cuya alma está tan llena que se olvida de sí mismo, y todas las cosas están dentro de él: todas las cosas se transforman así en su ocaso. Yo amo a quien es de espíritu libre y de corazón libre: su cabeza no es así más que las entrañas de su corazón, pero

su corazón lo empuja al ocaso. Yo amo a todos aquellos que son como gotas pesadas que caen una a una de la oscura nube suspendida sobre el hombre: ellos anuncian que el rayo viene, y perecen como anunciadores.”

En mi escritura este retorno es visceral, no algo abstracto para todas las condiciones necesariamente: “Amo y detesto esta sacudida de vacío y plenitud... en viaje constante” en **NADA ENTONCES Y FUERA DENTRO**. Y cabe preguntarse, desde mi razón poética con sentido y dirección ¿el amor es y/o existe? Desde mi libertad, ¿elijo vivir esta vida nuevamente... en una eternidad? Desde mi más profunda intimidad, no es conocer: amar. Y acaso, el amor no es reconocer en otro (a) lo que regresa... y desaparece la contingencia, para revelar sincronías y amor al destino -amor fati-.

Entre el fuego y el retorno, es dónde yace, aparece, susurra, silencia y empodera mi voz, como un cuerpo habitado por estas fuerzas que ni Nietzsche ni Heráclito declaran totalmente, pero yo sí. Y les advierto que se siente y piensa el devenir. Y les declaro, que el regreso en sus múltiples formas usualmente llagadas: se piensa y duele. Hay un fuego que arde y no quema, que templó cuándo el “voûç” a secas no alcanza y es la razón poética.

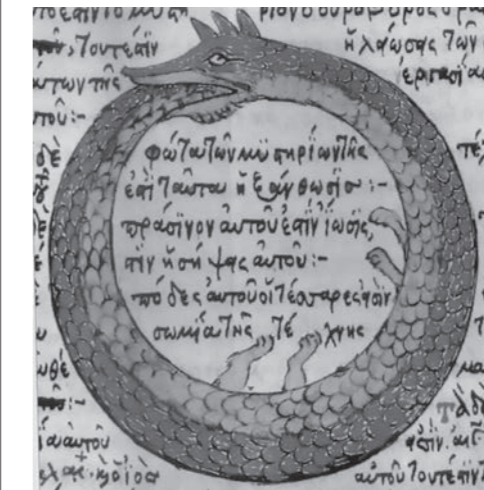
Por estas razones, la episteme filosófica que propongo no se funda en la estabilidad del concepto, sino en su movilidad, en la experiencia límite del sentido y de la intensidad del lenguaje posible: conjugar. En **SOLVE Y COAGULA** (el viaje del alquimista) escribo: “soy fuego que une piel y conjuga verbos, el deseo en creación y oración...”

Y entonces, tanto la filosofía como la poesía deviene en mí como declinación, cadencia, música de verbos y versos: “Existo mimetizada con todo, una fusión y eternidad complaciente...” en **COMPÁS DE ESPERA** sublimamos la dicotomía, la episteme poética no es irracional, sin trans-racional, no negamos el logos, sino que lo expandimos, a tal punto, que el amor, lo que desde mi razón poética coligo como amor... desaparece como categoría moral o psicológica para convertirse en autoconocimiento. De **LÍBIDO ÁLMICA**: “Mi alma es una ola, mi alma es un cáliz, mi alma es un vórtice...” La razón poética es necesaria porque hay dimensiones del ser que pueden ser pensadas sólo sintiéndolas y cuando hay conciencia, lucidez y fuego, es ya filosofía. Es en un eterno presente, Filosofía y Poesía Viva.

TANIA LEMARIE SILVA, nacida en Peumo, Chile, es licenciada en Filosofía, rorrectora del Colegio Inglés Saint John de Rancagua y miembro fundadora de la Red de Escritores de O'Higgins. Su obra transita entre poesía, ensayo y narrativa, explorando la relación entre pensamiento y sensibilidad. Ha publicado el ensayo La enseñanza de la filosofía como “cura” del sentido de lo humano y de su puesto en la sociedad del conocimiento en la Universidad de Chile, y su voz poética aparece en antologías como Éxtasis de Placer y Tragedias de lo Divino y Aurora de elementales. En 2025 presentó su poemario Logos Místico, consolidando una escritura que conjuga lo espiritual y lo cotidiano en una búsqueda constante por revelar la alquimia del ser.

Les Enfants Terribles

Cofradía literaria y artística de Valparaíso que, desde fines de los años 90, mantiene viva la poesía y las artes en la ciudad, consolidándose como un referente de la actividad cultural poética porteña. Su símbolo ancestral de lucha y continuidad, el Uróboro encarna la naturaleza cíclica de la existencia y la resiliencia de lo humano a través del arte poética.



El Uróboro, elemento central de nuestro escudo y blasón de combate, constituye un símbolo cuya profundidad se ha forjado a lo largo de tres milenios de historia. Representado habitualmente como un dragón o una serpiente que devora su propia cola, esta imagen trasciende lo meramente ornamental para encarnar la naturaleza cíclica de la existencia y el concepto del eterno retorno. En su esencia, el símbolo nos habla de un tiempo que no se agota, sino que se renueva constantemente; es la representación de aquello que nunca desaparece, sino que se transforma en un ciclo infinito de vida y continuidad.

Esta iconografía hunde sus raíces en la antigüedad más remota, encontrándose sus vestigios en los jeroglíficos de la pirámide de Unis hacia el año 2300 a. C. Desde la emblemática serpiente egipcia y griega hasta la mitología nórdica con la figura de Jörmungander —aquella criatura colosal que rodeaba el mundo hasta morderse los dientes—, el uróboro ha servido para ilustrar el deseo humano por comprender las fuerzas elementales. En estas narrativas, el símbolo advierte también sobre el peso del saber oculto y la lucha contra lo monstruoso, elementos que a menudo conducen hacia la reflexión sobre la propia fragilidad.

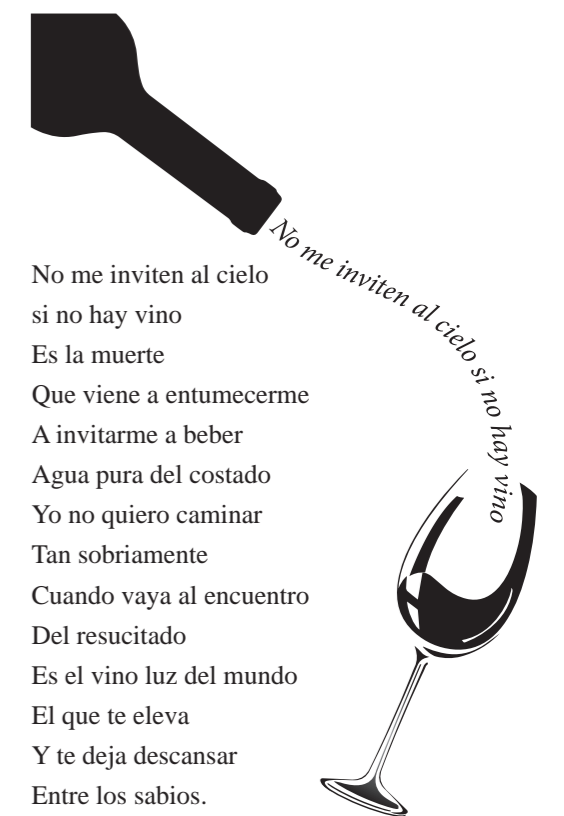
Finalmente, el blasón se vincula con la personificación de los fenómenos naturales y el esfuerzo inagotable. Al igual que el sol que asciende y se hunde tras el horizonte, o las olas que rompen para volver a formarse, el uróboro evoca el mito de Sísifo. Aquella condena de empujar la piedra cuesta arriba, solo para verla rodar y tener que comenzar de nuevo, se convierte en nuestro escudo en una metáfora de resiliencia: la aceptación de que la lucha y el renacer son partes indivisibles de una misma unidad eterna.

Citaremos dos poemas de dos clásicos de la Cofradía, entre tantas brillantes “plumas” que conforman la hermandad LET.

Legado 2

Quedará pendiente para el próximo milenio mi corazón de luces faro artillado de fresca noche Mi ciudadana sonrisa estacionada en los espejos Mi sangre vaciada en los caminos Mi última neurona escapada al final de todos los derrumbes Dejo el testimonio en bolso tapizado de misterios para que otros condenados al verbo continúen ejerciendo la eterna Maldición de la Poesía Amada Nada más que entregar porque nada llevo Tal vez la fina tentación de aquél pecado que siempre estuvo pendiente Es la hora del naufragio a navegar bajo tierra en la ardiente búsqueda del Misterio absoluto.

Emilio Neira Martini (Cófrade) De su libro “Valparasueños”



No me inviten al cielo si no hay vino Es la muerte Que viene a entumecerme A invitarme a beber Agua pura del costado Yo no quiero caminar Tan sobriamente Cuando vaya al encuentro Del resucitado Es el vino luz del mundo El que te eleva Y te deja descansar Entre los sabios.

Antonio Watterson (Cófrade) De su libro “50 poemas sin fama”

Reinaldo Villaseñor: “El paisaje no se pinta: se escucha.”

Entre la sobriedad figurativa y la intensidad emotiva, Villaseñor convirtió el paisaje en un espejo interior, dejando un legado que aún ilumina la pintura chilena.

Por: **Galería Modigliani**

Hay pintores que persiguen el fulgor, y otros —como Reinaldo Villaseñor— que habitan la raíz del silencio.

En su obra, la luz no estalla: respira.

Cada pincelada es un murmullo detenido, una contemplación que no mira el paisaje, sino que lo escucha desde dentro.

Villaseñor no pintó para nombrar el mundo, sino para desnudarlo. En sus telas, el Chile profundo se vuelve íntimo, se hace pensamiento. Los cerros, las calles, el hombre del maní, el organillero, el niño que espera sin saberlo —todo late con una desnudez que duele y abraza.

Su pintura: oración sin palabra, ascética y dulce como un dios que se retira para que el polvo cobre alma.

De Pablo Burchard aprendió que el tema es apenas un puente: lo verdadero sucede en la vibración del color, en la respiración del trazo, en esa luz que no ilumina, sino que piensa en quietud.

Bajo el disfraz de Olito, su humor gráfico prolongó la misma fe: la línea justa, el gesto sin herida, la ternura que no juzga.

También allí se revela su evangelio de la síntesis: la belleza como una fruta que crece en la poda. Villaseñor nos deja una certeza: pintar puede ser un acto de poesía. Un gesto sobrio que, al despojarse de todo, nos devuelve la única luz necesaria. Su obra es una lección de plenitud en la escasez: una luz que calla, para que, al fin, el alma pueda oír.



Óleo sobre cartón entelado 18,5 x 25 cms.

“Me atrae el colorido y la vestimenta de los personajes populares. Yo pinto sobre la base de las imágenes que recuerdo. Hago trabajos de taller basándome en bocetos. Uno se enamora del tema. Se ve en el tema, Se encuentra en él.”



Reinaldo Villaseñor Bustos (1925–1994), pintor nacido en Penco. Formado en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile bajo la guía de Pablo Burchard, Gustavo Carrasco y Camilo Mori. Becado en Europa, estudió en Venecia con Bruno Saetti, profundizando en el paisaje y los espacios. Fue catedrático de la Universidad de Chile entre 1958 y 1980.

Crear para un nosotros

La creación como acto compartido: un lenguaje que nos aproxima al misterio, a la dualidad y a la comunidad.

Carla Delsante Tapia

Socióloga, Universidad de Valparaíso.

Creamos para expresarnos, creamos para compartir, creamos por la necesidad de aproximarnos a lo incierto en un acto ingenuo y lleno de valentía, ya que crear es confrontar el misterio de la vida, aproximarse a lo sagrado, a la totalidad.

Crear es confrontar interrogantes sin respuestas, y aún, necesarias para vivir y sentir el goce de lo vívido, en todos los sentidos, incluso en aquellos más dolorosos como en el conflicto. Una labor que nos fascina como especie desde la prehistoria.

Las artes plásticas y, en particular la escultura, es una herramienta y un lenguaje.

Este lenguaje de las formas busca transmitir estímulos sensoriales con la ayuda del volumen. Este acto de comunicación, que a veces puede parecer críptico, también nos acompaña a confrontar el misterio de las incertezas desde un punto de partida, aquí, la experiencia vital.

Juan Delsante nos propone una idea y nos acompaña a explorarla en conjunto; es una invitación a sus reflexiones íntimas, en un acto de desprendimiento y osadía. Usando la maestría para transformar el metal y la madera, nos tiende una mano en forma de siete obras que sintetizan la siguiente tríada: lo individual, lo colectivo y la naturaleza.

Su propia búsqueda se expone en esta instancia, el desarrollo de un lenguaje propio, figurativo. El artista nos comparte una idea de dualidad, la dualidad transfigurada en el metal y madera que en su obra simulan una ductilidad frágil y al mismo tiempo emergen en su dureza.

Lo dual de la transformación, la capacidad humana de dejar una huella y revelarse al tiempo. El metal se abre y se cierra, se fuga y abraza la madera, en conjunto anhelan un punto de ascensión en formas que tienden a lo piramidal.

Resulta extraño emprender estos viajes creativos, cuyo primer destino es el acto de expresar el subconsciente que implica mostrar y exhibir una parte del trabajo realizado.

Este acto, que podría parecer trivial, es el fruto de muchas horas de exhaustiva labor, con la meta de transmitir un lenguaje propio y exponerlo a la comunidad, en un acto de desprendimiento.

El artista aborda la vida como punto de partida para explorar estas cuestiones y nos interpela a través de las formas, ¿qué sentimos?, ¿qué se nos presenta?, ¿cómo nos relacionamos? y, de manera más concreta, ¿qué retiene nuestra atención? La relación del inconsciente y como cambia nuestra conciencia.



“Juan Del Sante Gutiérrez, escultor chileno ligado a la docencia en la Escuela de Bellas Artes de Valparaíso, ha desarrollado un lenguaje propio en el que metal y madera se transfiguran para explorar la dualidad entre fragilidad y dureza, lo individual y lo colectivo. Nos entrega hoy un lenguaje donde la materia se abre como memoria compartida y ascensión de lo humano.”

Crear para un nosotros...



“ALGUN DÍA”
49 x 14 x 10 cm.
Aluminio fundido a la tierra
Base madera de mañío fundida
2018



“REORDENAR”
80 x 27 x 17 cm.
Fierro, pintura roja
2015-2023



“DECISIÓN”
65 x 45,5 x 9 cm.
Fierro, madera Pimiento
2023



“RECUERDO FRAGMENTADO”
41 x 19 x 4,5 cm.
Aluminio fundido a la tierra,
madera eucalipto. Base madera,
Mañío fundida.
2023



“ESPACIO QUE SE ABRE DESDE EL INTERIOR”
115 x 55 x 35 cm
Fierro, madera pino Oregón
2023



“ESPACIO QUE SE ABREN II”
102 x 52 x 27 cm.
Fierro, madera pino Oregón
2023

Los fotógrafos de plaza: Cuando el 5G era un cajón de madera y un balde con agua

Una crónica sobre los fotógrafos de plazas, aquellos magos de la inmediatez analógica que operaban los primeros dispositivos táctiles de la historia: cámaras cajón, química honesta y el asombro revelado al sol.



Por **Ojo mágico**

Hoy nos quejamos si una foto tarda tres segundos en subirse a Instagram. Nos creemos dueños de la inmediatez digital. Pero mucho antes del primer bit, en las plazas de nuestras ciudades, ya operaban los verdaderos procesadores de la instantánea: los fotógrafos de cajón.

Eran, en rigor, los celulares analógicos del siglo XX.

Hardware de madera

Olvídense del aluminio aeroespacial. El “dispositivo” de estos pioneros era un cajón de madera montado sobre un trípode que parecía pata de dinosaurio. Sin batería de litio. Su “sistema operativo”: química, paciencia y un paño negro bajo el cual el fotógrafo desaparecía, cual chamán analógico, para invocar la imagen.

Lente, obturador, laboratorio de revelado: todo integrado en madera. No había Wi-Fi, pero la conexión entre sujeto e imagen era directa, física. El tiempo de carga no dependía del ancho de banda, sino del nitrato de plata reaccionando al sol.

Velocidad “minutera”

El estándar era la calidad. Mientras hoy esperamos un círculo de carga, entonces la inmediatez era ver al fotógrafo agitar un papel húmedo dentro de un balde, esperando que el rostro del cliente “cargara” en la emulsión. Un chat dialógico en tiempo real:

—¡No se mueva! ¡Mire el pajarito! (el “Procesando imagen...” analógico).

—Cliente congelado, en pausa técnica forzosa.

—Minutos después, emergiendo del paño negro: “¡Aquí está! Filtro estándar ‘Atardecer en la plaza’”.

Ironía del píxel

Hoy usamos filtros para añadir grano y sepia. Ellos lo lograban con química honesta y agua de pileta.

Esos fotógrafos eran guardianes de una inmediatez medida en emociones, no en megabits. Sus cajones eran servidores de recuerdos tribales, más confiables que cualquier nube: solo necesitaban luz solar y manos expertas.

Antes de que el mundo se volviera binario, ya era instantáneo en la plaza.

La cámara de cajón

El primer dispositivo de comunicación de masas que no necesitaba cargador. El ritual de niños bien peinados luciendo sus galas. Había que ir a sacarse la foto.

El celular tiene otros códigos. Algún día, también será reliquia. √p

En Valparaíso se respira Poiesis

Valparaíso tejido vivo donde arte, historia y ciudadanía se entrelazan para sostener su dignidad y proyectar futuro.

Por: Redacción Valpoesía

Valparaíso es un ecosistema de voluntades. Quien la recorre con ojo atento revela su mayor capital: esa naturaleza mixta donde el prestigio de su historia como puerto es también simbólico diálogo con el presente. Sin embargo, este equilibrio requiere una mirada nueva, aquella que supere grietas y se enfoque en lo que todavía es posible construir y recuperar.

Un actuar pendiente: hacia una visión compartida

No basta señalar carencias: existe un actuar pendiente. La gestión pública y la política urbana tienen ante sí el desafío —y la oportunidad— de sintonizar con la gramática de los cerros. No se trata de generar rupturas, sino de propiciar un encuentro: que la planificación formal logre finalmente abrazar el ritmo vital de una ciudad que no se deja estandarizar. Valparaíso siempre ha sido desafío: “pesadilla de Euclides”, como señala el poeta Belmar. Es un llamado a que la mirada institucional se sensibilice frente a ese patrimonio que respira más allá de los decretos.

A ratos, el habitante transita con “ceguera de paisaje” ante el descuido, pero esa inercia no es definitiva. Es, en realidad, un espacio de oportunidad para reencantar al ciudadano con su propio entorno y su historia.

El arte como restauración y el regreso al papel

En este escenario, el arte cumple una función sanadora. Señala la carencia, pero no para la denuncia panfletaria —que se agota en la queja ruidosa—, sino para sensibilizar y restaurar. No busca la ruptura que divide, sino la imagen que une y reconstruye el tejido dañado. Es un ejercicio de visibilización que propone soluciones desde la creatividad, recordándonos que la belleza es un derecho compartido.

Este es el propósito esencial del relanzamiento de Valpoesía en papel. Al volver al soporte físico, buscamos recuperar un rito: el gesto tradicional de la lectura que “hojea la mano”. Es una invitación a pausar el ritmo vertiginoso de lo digital para entrar en contacto con la textura de nuestra realidad, revalorizando el peso de la palabra escrita como un puente táctil hacia el entendimiento.

La poiesis y el poète: el arte de la expresión total

Hablar de este proyecto es hablar de la poiesis y del poète. Entendemos la poiesis como ese acto de creación absoluta: el proceso mediante el cual algo que no existía llega a ser, integrando todas las artes expresivas bajo un mismo aliento creador. El poète, por su parte, es el habitante de esa creación, quien encarna la actitud poética en lo cotidiano. Nuestra propuesta abraza esta unidad: una poética que no se limita al texto, sino que se manifiesta en la visualidad, el diseño y la fuerza de la imagen, dignificando el espacio que habitamos a través de la expresión total.

Los constructores de la dignidad

Hoy, la dignidad de Valparaíso se sostiene gracias a quienes ya están actuando desde la trinchera del compromiso diario. Los artistas y los emprendedores gastronómicos y culturales son los puentes vivos que mantienen la ciudad en pie.

El creador como visionario: el artista no solo interviene el muro; propone una narrativa que rescata la identidad y proyecta el futuro del puerto. Su obra es una forma de restauración simbólica que precede y motiva a la física.

El esfuerzo que convoca: cada espacio que recupera un inmueble es un punto de luz. Son actores que, con su inversión y sensibilidad, demuestran que el rescate de los barrios es un camino viable y profundamente noble.

Valpoesía: una voz desde el origen

Finalmente, es imperativo comprender nuestra esencia: Valpoesía no es el puerto, pero nace desde este puerto emblemático que nos otorga el pulso y la perspectiva. Somos un brote de su historia, pero no estamos limitados por su geografía.

Valpoesía busca ser una voz del arte en todas sus manifestaciones, en cuyas páginas caben los creadores de Chile sin fronteras. Desde el eco de los cerros y la salinidad del Pacífico, abrimos un espacio donde el verso nacional —y también internacional— encuentra su hogar, recordándonos que, aunque el papel se imprima aquí, la palabra es un territorio vasto y compartido que nos pertenece a todos. Vp

AFTERPOETRY

LA PERMANENCIA DE UNA VOZ



CREEMOS QUE CADA LIBRO ES UN OBJETO VIVO, UN UN TESTIMONIO DE UNA SENSIBILIDAD ÚNICA QUE MERECE SER TRATADO CON LA DELICADEZA DE UNA ARTESANÍA Y EL RIGOR DE UNA DISCIPLINA. OFRECEMOS UNA CURATELA DETALLADA, DISEÑO DE VANGUARDIA Y UNA GESTIÓN EDITORIAL COMPROMETIDA. DAMOS FORMA AL RASTRO QUE TUS PALABRAS DEJARÁN EN EL TIEMPO.

CURATELA | DISEÑO EDITORIAL | DIFUSIÓN | GESTIÓN INTEGRAL



SI TUS TEXTOS ESTÁN LISTOS, EL CAMINO COMIENZA AQUÍ.

VISÍTANOS EN WWW.AFTERPOETRY.CL | CONTACTO@AFTERPOETRY.CL | [@AFTERPOETRY_EDITORES](https://www.instagram.com/AFTERPOETRY_EDITORES)



reservas@versohotel.cl
versohotel.cl
 Mena 665,
 Cerro Florida
 Valparaíso, Chile

Valpoesía: raíces y futuro compartido

Valpoesía fue fundado en 1999, en su versión impresa, por Gonzalo Vergara Zaldívar y Henry Chicago Mancilla, como un gesto de resistencia cultural y amor por las artes. Desde entonces, este ideario poético ha sido un espacio de encuentro y memoria, donde las artes poéticas se convierten en patrimonio vivo de Valparaíso.

La versión digital ha sido sostenida con constancia por Datablck, garantizando que la voz de los poetas y las obras de artistas se mantengan encendidas en todos estos años de tránsito tecnológico.

Hoy, Valpoesía se proyecta hacia el futuro en alianza con Editorial After Poetry y su fundador, el poeta Juan Antonio Huesbe, consolidando un puente entre tradición y renovación. Esta unión reafirma la vocación comunitaria de la revista y su compromiso con la difusión literaria, abriendo nuevas páginas para la palabra compartida.